

La ambigua historia. La paradójica revolución capitalista rural

«Los hombres hacen la historia, pero no la hacen a su voluntad, ni la que ellos creen»

KARL MARX,
El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte

«No hay encomendero legítimo»

Huaman Poma de Ayala

Hace cuarenta años se extinguieron las haciendas. Quien hoy recorra los valles serranos y las altiplanicies del Perú andino no hallará ni arrendires, ni yanaconas ni pongos, es decir, aquellos grupos sociales de campesinos indios con lazos de servidumbre que proveían una fuerza de trabajo gratuita a los terratenientes. Al desaparecer los unos, se extinguieron los otros. Esa servidumbre rural se contaba por millones de seres humanos. Los reemplaza un mundo más moderno, comercial, de pequeños y medianos productores directos. Es el Perú actual. De valle a valle, cuenca por cuenca, de Puno a Ayabaca. Otro paisaje rural. Otra geografía humana. Con problemas, sin duda, pero que son otros problemas (necesidad de mercados, de tecnología). Sin las taras del pasado reciente. Colonos de hacienda, aparceros, allegados, hacendados, se los llevó el viento. El viento huracanado de una historia propia que los transformó en lo que hoy son : masas de campesinos todavía pobres pero sin amos. Por vez primera, libres. Después de 400 años de encomiendas, mitas y minas y haciendas coloniales y republicanas. Libres acaso después de un tiempo inmemorial, porque el Incario fue un paternalismo y también un control severo de poblaciones. Libres y desamparados.

En su momento, esas invasiones o recuperaciones, fue «el acontecimiento». El «reportaje al Sur» que aquí se publica, ocupó prolongadamente las primeras planas de los diarios. Fue una serie de impresiones tomadas en el lugar de los hechos que merecieron la acogida de los lectores de entonces. Luego de nacer en los periódicos, dos grandes escritores, que también eran editores, Sebastián Salazar Bondy y Manuel Scorza, las editaron como libro aparte¹. De las crónicas se había

dicho, «sorprende su rara honradez, su sinceridad» (Augusto Tamayo Vargas) Por otro lado, las invasiones llevaron a Hugo Blanco a la prisión primero, luego a la fama. Pero el Perú sabe digerir sus mutaciones, con el tiempo las disminuye, las banaliza, las omite. Aquí se falsifica históricamente mediante el olvido. De ellas, las recuperaciones de tierras de haciendas, se terminó por considerarlas algo temporal, pasajero, parte de las inveteradas luchas rurales de siempre. A ese acontecimiento se le encerró como parte de la «política» de los reformismos de los años sesenta. Que los políticos procedan así, se entiende, su asunto es el «agon», la lucha inmediata, los votos, el poder, y esas masas sureñas y rurales, entonces analfabetas, no contribuían a encaramar a nadie en la representatividad republicana. ¿Pero también historiadores, antropólogos, pensadores? ¿Se dieron cuenta acaso que algo decisivo, al nivel de la conciencia, había ocurrido? Sin embargo, el historiador Fernand Braudel nos había prevenido. Había que desconfiar de la historia quemante, inmediata, politiquera, de golpes de Estado y de sucesión de presidentes. Pero eso es lo que son las historias de los decenios finales del siglo XX peruano. Estrecha visión convencional, acrítica. Habría que examinar en cambio las grandes mutaciones sociales, que son profundas, raigales. Y la historia lenta de las rebeliones, de los movimientos de masas, como los que aquí se describe y acaso, se salvan, para la memoria peruana. Las invasiones de tierras que estas páginas describen cambiaron el subsuelo mismo de la vida peruana. Cuando se recorren las actuales aldeas no es difícil hallar en los actuales campesinos, a aquellos que pasaron de la añeja dominación de tipo feudal a la de trabajadores parceleros, y

¹ Hubo varias ediciones. *Cuzco, tierra y muerte*, es de 1964, en su versión de edición masiva, en Populibros. Pero a la vez, Scorza publicó una «edición de lujo», nombre un poco pomposo para lo que era el mismo texto pero con fotos. Algunas, en la presente edición, tienen esa fuente. Luego, se edita en Madrid el texto pero con una introducción bastante larga, y un colofón de salida, que XYZ, una editorial ibérica anarco-sindicalista me pide con la intención, sin duda sensata, de colocar al lector español y latinoamericano (he encontrado esa edición en librerías de México y Buenos Aires) ante unos hechos, desde un ángulo informativo, con estadísticas y cuadros de propiedad rural de entonces, aptos para contextualizar el reportaje y mis reflexiones. Cosa sin duda innecesaria en las ediciones peruanas. No sé, a ciencia cierta, si la actual edición es pues la tercera o la cuarta, pero que circulara, si lo ha hecho. Y en cursos de antropología, historia social y política, más leído que citado. Así es el gremio intelectual local, cicatero con las reflexiones ajenas. Que le vamos a hacer, lo importante es que las ideas circulen. Las ideas son como las piedras de los ríos, las hay redonditas, y entonces ruedan. Las de este reportaje y ensayo, rodaron. Las adaptaron los guerrilleros de 1965, los militares de la Reforma Agraria y su tecnocracia, y los guerreros de la Cuarta Espada antes de lanzarse a la acción, según cuenta Gorriti (*Sendero Luminoso*, p. 56) Abimael Guzmán, en su partido político y ante sus cuadros, impuso esa lectura como obligatoria. El otro libro de estudio fue el de Béjar, el de 1965, que analiza su fallido intento de guerrillas. El doctor Guzmán sostuvo que había que leerlos ambos, «para aprender de sus fracasos». Tal proposición acaso es verdadera en lo que concierne a la suerte de las guerrillas, y de su propia violencia, la de las huestes de su partido que aterraron el campo. Pero a las movilizaciones de tierras tras el ejemplo de Hugo Blanco en Chaupimayo, hubo que estudiarlas con ánimo distinto. ¿Para saber por qué habían triunfado! No sacaron las conclusiones adecuadas, tampoco el conjunto de la izquierda y la derecha tradicional. No se ha entendido lo que pasó en el mundo rural peruano ni se advierte lo que se avecina. Poco o nada prepara al Estado y la nación actual a las nuevas reclamaciones, que esta vez vienen del lado multicultural y étnico.

entre los modernos productores, hijos y nietos de los rebeldes rurales de los años sesenta. Hoy, unos como otros, dentro del mercado y el mundo del dinero y no fuera del mismo. No en el paraíso, pero fuera del infierno de la feudalidad. «La ambigua historia», titulamos ese proceso que se presentó como una movilización por la tierra, en apariencia de corte socialista o comunitarista, y que ha tomado, sorprendentemente, el camino de una apropiación de tierras de corte privatista.

¿Qué pasó, en ese instante, en el subsuelo de las clases populares rurales de los Andes? El aluvión de invasiones sobre las haciendas tradicionales es de 1963. Las guerrillas se lanzan en 1965, fracasando. Los campesinos no las apoyan. Los militares llegan al poder en 1968, y aunque entregan tierras a millares de familias rurales y prohíben por ley el tipo de prestaciones de trabajo no remunerado que mencionamos líneas arriba, no consiguen la base de legitimización de sus ambiciones para un gobierno de larga duración. Pero tampoco aciertan las izquierdas que creen que aquel movimiento rural es prosocialista. O las derechas, que los toman como revolucionarios. O Sendero Luminoso, que cree tener el terreno favorable, pero el recelo de los comuneros cusqueños, la resistencia de las comunidades puneñas, la clara resistencia de las rondas cajamarquinas, quiere decir que tampoco ellos, los senderistas, acertaron. Con los campesinos en marcha, todos nos equivocamos. Ya es hora de confesarlo.

Cabe, pues, enunciar, de entrada, nuestra hipótesis mayor: hay una realidad agraria antes y después de esas ocupaciones masivas de tierras. La quiebra de la hacienda tradicional es, ni más ni menos, el inicio del país en transición de estos días. Pero hay que reconocer la irónica paradoja. Tras esa revuelta, la población de los Andes sureños ingresa al capitalismo. A eso se resume la historia rural de los últimos decenios. No percibir en el análisis «a posteriori» de lo ocurrido, su doble condición, ruptura del yugo de los señores tradicionales y a la vez ingreso al mundo, no por eso paradisiaco, del salario, el intercambio comercial, la producción y venta de productos agrarios y manufactureros, a cuenta y riesgo propio. Es dualidad, revuelta y ascenso social, lo cual descoloca a más de un observador de este período clave de la historia profunda del Perú. A los pocos entrenados en apreciar en los procesos sociales e históricos la doble hélice de la historia, como acción y reacción, avance y retroceso. Pero, insisto, el subsuelo económico, social y cultural del país, se modifica desde las grandes recuperaciones de tierras. Y de ahí hacia delante, la subsiguiente marcha migratoria de las poblaciones, la nueva geografía humana, las mentalidades mismas, son la mera espuma de esa cresta de la ola que se alzó, para sorpresa de todos. Pero en ese momento preciso, puntual, ahí estuvimos, viendo, sintiendo, comprendiendo, explicando. Podrán pasar muchas cosas, instalarse nuevas formas de dependencia (sin duda alguna, eso es el tiempo presente) pero esos campesinos sureños, en un tiempo clave, abandonan, en esos años decisivos, el sistema de señoríos rurales que los tenían encadenados, y que mal llamamos, feudal. No hay más haciendas. No hay más hacendados. Ahora bien, que esa revolución agraria no fuera seguida por una revolución técnica, industrial, educativa eso es otro cantar. Y otra historia.

Volvamos a los hechos escuetos. Hace unos cuarenta años, más precisamente entre diciembre de 1963 y marzo de 1964, cada día, en Cusco y Puno, se invadían

las haciendas sin que la policía desplegada en una serie de cuencas o valles dispersos, llamada por las autoridades, pudiera detenerlas. Los campesinos, organizados bajo una forma novedosa de «sindicatos», llamaban a esos actos «recuperaciones de tierras». Estos «sindicatos rurales» ocupaban los terrenos en litigio y llamaban al diálogo con el gobierno, al cual esperaban en el campo mismo, al tiempo que tomaban las tierras y pastizales de los expulsados propietarios. El movimiento no era armado pero, sin duda alguna, ilícito. Un propietario cusqueño, Manuel Luna Oblitas, exasperado cogió las armas y mató a siete campesinos. Gobernaba el Presidente Belaunde y el Premier Óscar Trelles, interpelado en las Cámaras, se vio obligado a renunciar. Hay que añadir que ese movimiento sindical fue una verdadera mutación en las formas tradicionales de lucha rural. Original en sí mismo, además fue extenso, poderoso, encabezado por la Federación de Campesinos con sede en el Cusco se extendió en una área que tocaba casi todos los departamentos del Sur. La masa de campesinos movilizados —hay que decirlo— fue la mayor de todo otro conflicto rural y político que el Perú contemporáneo haya conocido. Sin embargo, busquen su huella en los manuales de historia al uso, en los trabajos supuestamente científicos de análisis social, ni rastro. Los campesinos sí lo saben, vayan a visitarlos al valle de Anta. Hoy día, vayan, hablen con ellos. Visiten las empresas privadas rurales que han nacido en el espacio de la antigua hacienda. Las escuelas municipales, los estadios deportivos...

Han pasado 44 años. Un diario de Lima, uno de tendencia moderada, que había apoyado la candidatura de Fernando Belaunde Terry a la presidencia (y que lo alzó al triunfo electoral de 1963) decidió enviar a uno de sus editorialistas para que se quedara en el Cusco el tiempo que fuera necesario hasta llegar a comprender qué era lo que estaba pasando. Por eso sus despachos de prensa se titulan «corresponsal de guerra». Por eso las crónicas de ese joven cronista conmoveron a la clase política. Se estaba ante un hecho nuevo. Esas no eran ni las guerrillas a la manera cubana ni los levantamientos violentos del pasado. «Las invasiones son pacíficas », contaba el reportero. «Invadir no es, pues, saquear, robar, incendiar o violar. Es, simplemente, entrar a la tierra prohibida de la hacienda; desde los balcones de madera los hacendados pueden ver cómo sus propiedades cambian de mano. Pero sus vidas están a salvo». Esta moderación, esa astucia, era el fruto de la gran prudencia de esos campesinos que tomaban cuidado en no enfrentarse a la policía. «Antes de ‘recuperar tierras’, los campesinos envían a sus jóvenes y a veces sus mujeres. Se invade en ausencia de la policía». Un gran sociólogo francés, François Bourricaud, que vino al Perú en esos años y leyó esas crónicas para citarlas posteriormente en un célebre libro *Pouvoir et société dans le Pérou contemporain* (Paris, Armand Colin, 1967) confirmó la veracidad del cronista, añadiendo que la estrategia india se servía de tres medios principales. Primero eludían a la policía. Luego, siendo centenas o millares los invasores, esperaban en el lugar mismo de los hechos, a prefectos y diputados. Por último, «las bases» de esa alzada ruralidad, estaban encuadradas por dirigentes de nuevo cuño. Pronto se observó que éstos habían hecho el servicio militar y que por consiguiente, no eran simples agitadores. En fin, la movilización no era la obra de partidos conocidos (un grupo pequeño de dirigentes trostkistas cusqueños, a lo sumo) ni com-

pletamente espontánea, en cambio, el movimiento llamado sindicalista revelaba ante el país algo enorme. «No nos engañemos —subraya el joven periodista en una de aquellas crónicas— bajo el viejo poncho, en medio de un aparente cuadro tradicional o rutinario, esa gente ha aprendido y ha cambiado. El sindicalismo es una mutación. La chispa que puede encender la sierra».

¿Qué quería en realidad el enigmático movimiento campesino? ¿Quería tierras o quería la libre disposición del tiempo de trabajo? Acaso las comunidades lo primero. Y la masa cautiva dentro de las haciendas lo segundo. Para explicar esa inmensa mutación —tras decenios de desmemoria— hay que volver a las preguntas elementales. ¿Por qué desaparecen las haciendas? Durante estos años se ha impuesto una respuesta simplificadora: aquella reforma de la tenencia de la tierra fue un acto voluntarista, caprichoso, de la dictadura militar de Velasco. Sin duda, hubo la intención de quebrar a los «barones del azúcar y el algodón», y fue, que duda cabe, una medida de clara finalidad política. «Quebrar a la oligarquía». Pero, la reforma en los valles serranos que afectaba a una capa social dominante pero limitada, el gamonalismo, que ocupaba un papel secundario con una agricultura atrasada de la que surgía enormidad de tensiones sociales? En realidad, la crisis del agro andino y de sus debilitados Señores, es anterior a la «Reforma agraria» del gobierno militar de 1969. En realidad, cuatro años antes, esa sociedad rural por entera había sido profundamente cuestionada. Como modo de producción, como poder local, tanto en lo simbólico como en lo práctico. «La rebelión campesina no arrasó con los mistis, pero los dejó maltrechos», dirá Flores Galindo. «Los antiguos señores se vieron obligados, en muchos sitios, a migrar a Lima, incursionar en el comercio urbano, dejar sus haciendas...» Los terratenientes latifundistas se extinguen por la ley, en 1969. Pero, desde 1963, habían dejado de existir. Los militares no vinieron sino a darle forma jurídica a un hecho consumado.

¿Qué quiere decir colono? Indio que pertenece a la hacienda, responde Arguedas (*Obras completas*) ¿Y cómo llegaban a pertenecer a una hacienda? Cuando se volvían simples peones. Cuando se disolvía alguna comunidad. Cuando el acceso a la tierra se volvía azaroso. La historia rural del Perú registra los innumerables casos en que una hacienda, como un agujero negro en la proximidad de una galaxia, devoraba una comunidad entera. La lista de comunidades desaparecidas es grande. Primero por no poseer derechos para defenderse a lo largo del siglo XIX. Luego, porque pese a la legislación protectora que aparece en los años veinte y treinta, el campesinado no pudo gran cosa ante un Señor rural, provisto de aliados locales, del juez al policía. La sabiduría popular bautizó ese sistema de abusos (pero legales) con el nombre de gamonalismo (en recuerdo de un patrón feroz, de nombre Gamonal). La lucha por la tierra entre indios y propietarios blancos y mestizos se remonta al pasado colonial, de alguna manera es una reminiscencia, y como lo señala John Murra, «los caciques indios coloniales se resistieron a vender parcelas a los señores». El siglo XIX, sin el proteccionismo de las autoridades virreinales, fue el periodo negro de las comunidades. La gran propiedad se expande a costa del despojo de las tierras indias campesinas. Fue una interminable guerra rural, cuya historia está por hacerse.

Un cuento de José María Arguedas enfrenta al personaje más servil del sistema de hacienda, un «pongo», al patrón hacendado. ¿Pero qué era exactamente un «pongo»? El sirviente familiar, el indio en harapos. Ilustra este texto una foto. El desconocimiento sobre nuestro pasado reciente, el ocultamiento interesado de la vida corriente en las haciendas hasta hace muy poco, me lleva a este pueril argumento de exhibir una foto del archivo del célebre Martín Chambi, él mismo cusqueño, un fotógrafo comercial, «un artista de los tipos y los estereotipos» como lo ha descrito José Carlos Huayhuaca. Aquí tenemos el gigante de Paruro, foto de 1929. Ahora bien, si la intención del artista fue exhibir un caso raro, estrambótico, «el gigante», nosotros lo reproducimos por otras razones. Dejemos, en efecto, la gigantesca talla de lado y repararemos más bien en la vestimenta. Es visible por debajo del poncho, en la miserable indumentaria, en el calzón a modo de pantalón



que le ciñe el muslo hasta las rodillas, un tipo de ropa remendada, andrajosa. Pero eso no es acaso lo esencial. Estos trajes de bayeta o de tejidos no salían de tiendas y grandes almacenes sino del telar familiar indígena. No es que estas prendas respondiesen al gusto indígena o a una suerte de apego a sus costumbres. La respuesta es otra. La feudalidad económica en el Perú condenaba a una serie de campesinos a trabajar fuera de todo sistema de remuneración. Más claramente, al interior de las haciendas, sus «trabajadores» no recibían dinero. El aspecto miserable del gigante de Paruro nos revela la pobreza extrema, la de los sirvientes campesinos en las grandes haciendas en el servicio de pongaje. Una práctica que sólo se interrumpe en 1969. Y pensar que hay todavía quienes repiten que la reforma agraria fue un desastre y que en consecuencia, esa situación precapitalista de servilismo debería haberse perpetuado hasta nuestros días.

Cuando se ha querido comprender el origen de las revueltas rurales de los años sesenta, la gran mayoría de las veces se ha observado a las comunidades (o ayllus, parcialidades) enfrentadas a las haciendas. Acaso la literatura, *Ciro Alegría y El mundo es ancho y ajeno*, o la saga rural de las novelas de Manuel Scorza ha puesto el acento en esa dicotomía de haciendas y comunidades enfrentadas

debido a la escasez de tierras. Eso es parcialmente cierto. En la ola de «recuperaciones de tierras» de 1964, muchas comunidades, hartas de litigar inútilmente contra el poderoso hacendado, optaron por adoptar el membrete y el accionar de los «sindicatos rurales», que en la zona de la Convención, con el movimiento originado por Hugo Blanco, había dado pruebas de eficacia. Los grandes propietarios de esa región subtropical cedieron en materia de derechos laborales ante sus «arrendires», con tal de retenerlos por el valor de su prestación como mano de obra. Y en muchos casos, la huelga de los arrendires los venció, al privarles de fuerza de trabajo (en la huelga, el arrendire recuperaba su tiempo por completo, y se dedicaba a su propia chacra). Todo esto es verdad, las grandes haciendas papeiras o ganaderas como las de Puno, enfrentaron a las comunidades a lo largo del siglo XIX. Pero durante esa interminable guerra rural, valle por valle, hubo otra categoría todavía más pobre, más paupérrima, realmente miserable. Esa categoría eran los llamados «colonos» de hacienda, los allegados, semaneros, pongos, todos ellos bajo relaciones contractuales que establecía una herencia histórica de servidumbres. Trabajo gratuito a cambio del acceso a parcelas o chacras precarias, por lo general, de baja calidad. Esos eran los pobres de los pobres. Los yanakuna.

Una serie de lazos, sin embargo, por lo general ligaban también a la hacienda a las familias de indios comuneros en las comunidades. No siempre hubo conflicto, o el conflicto siendo latente, se acomodó a modalidades de compadrazgo. La hacienda era el núcleo de poder social más cercano, y a menudo, suplantaba a autoridades regionales y nacionales. De tal manera, que muchos comuneros, por obtener parcelas, por acuerdos, aceptaron la condición de trabajadores precarios. Un flujo de gente trabajadora circulaba entre pueblos de comunidad y el interior de las haciendas. Tarde o temprano, las élites indígenas (sí, las élites) comprendieron que la lucha del pongo, del humillado trabajador servil y la del campesino comunero en apariencia autónomo, eran las mismas. Ni la comunidad con sus atomizados minifundios tenía el porvenir asegurado ni los pongos el fin de sus cadenas, mientras sobreviviera la gran hacienda andina. La primera podía ser fagocitada con la ayuda del abogado y el subprefecto. Los segundos no tenían escapatoria a sus deudas con el patrón.

Es significativo que la antropología de esos años no les dedicara, a éstos, a los pobres entre los pobres, gran atención. La comunidad campesina en cambio llamaba más la atención. Una carga de ilusión en la transformación de esas cooperativas, y si es posible, en cooperativa socialista, desde los años veinte, desde Hildebrando Castro Pozo, distrajo a centenares de estudiosos de observar un poco mejor la otra capa social de la agricultura andina, a la de peores condiciones, y desde la cual, desde los indios sin comunidad, y en consecuencia, si estatus, tierras ni cohesión, hubo de venir la respuesta y el desmoronamiento. La hacienda se hundió desde dentro.

En las movilizaciones que estos reportajes recogen, hay tanto comuneros (gente externa a las haciendas) como sirvientes, allegados, arrendatarios (gente del interior de la misma). Pero, cuando se produce la reforma agraria militar, cuando se extinguen los latifundistas terratenientes, el gobierno velasquista con el fin de no desmembrar la gran propiedad rural, no entrega las tierras a los exfeudatarios

sino que lanza un proyecto de Cooperativas Agrarias de Producción - CAPs y de Sociedades Agrícolas de Interés Social - SAIS. No nos detendremos aquí a examinar lo obvio, el carácter tecnoburocrático del proyecto. Lo real es que ese sistema que reemplazaba a las haciendas, fue hecho pedazos por los que parecían ser sus beneficiarios.² En efecto, las cooperativas transformaron a los excampe-sinos serviles en socios cooperativistas. Sin embargo, en las encuestas de campo realizadas antes de la reforma militar, y después de las invasiones o recuperaciones, el primer deseo que aparece en los ocupantes precarios de parcelas dentro de las tierras de las haciendas, era «más tiempo para trabajar la tierra». Petición explicable porque el pacto de trabajo-alquiler precario, volvía el tiempo de trabajo, vale decir, la fuerza de trabajo, decisiva. Las cooperativas, con razón o sin ella, no convencieron. Y un amplio movimiento de parcelación de las exhaciendas, una segunda ola de toma de tierras (esta vez asociativas) se extiende desde 1978 (después de Velasco) hasta mediados de los ochenta. No hubo, pues, una reforma agraria sino dos. En los Andes, la tenencia de tierra cambió dos veces de mano. A la expropiación de haciendas siguió la expropiación de los expropiadores. La reforma de la reforma. Diversas izquierdas encabezaron ese campesinismo vanguardista, como explica José Luis Rénique, izquierdas que forcejeaban entre sí, para impulsar «el campesinismo desde la legalidad burguesa».³ Pero el caso es que cuando llega Sendero Luminoso, en los años ochenta, los guerreros de la Cuarta Espada se encuentran tanto en Cusco como en Puno, con un paisaje rural de extrema parcelación es cierto, pero ante un mundo de propietarios agrícolas populares. Inmanejable para ellos. Pero como luego se revelará en los noventa y hasta el día de hoy, inmanejable para cualquier tipo de militancia (véase la adenda).

En este punto, es preciso abordar la cuestión de si la «reforma agraria» la primera, la militar velasquista, sirvió para algo. Creo que existe dos respuestas palmarias. Por un lado, el enfrentamiento a los hechos. Cuando por turismo interno, negocios o lo que fuese, uno atraviesa las tierras de la pampa de Anta en el Cusco, la planicie elevada de Sicuani, debe preguntarse a quien pertenecen ahora esos campos cultivados, esos sembríos, el apacible ganado, los nuevos negocios agrícolas. La respuesta es de una simplicidad desconcertante. Al desaparecer de la escena rural la gran propiedad arcaica, al extinguirse sus prácticas arcaicas de prestaciones de servicio precapitalista, al no haber más gente que trabaje sin paga

² En *La batalla por Puno* de José Luis Rénique. Editorial Sur, CEPES, IEP, 2004, a la vez estudio universitario y un poco memoria de su propia generación, el papel jugado por Vanguardia Revolucionaria, el MIR, el PCR donde abundaban los jóvenes de la Universidad Católica, y el Partido Unificado Mariateguista (PUM) es enorme y decisivo. Impulsaron las tomas de tierras postvelasco. «Las 44 empresas agrícolas del departamento de Puno serán reestructuradas» *op. cit.*, p. 226. Claro, el altiplano, Puno, no fue tomado por Sendero Luminoso. Pero, dejaron tras de ellos ese mosaico rural-urbano, que uno de ellos trata, con rara sinceridad, «de un campo tugarizado».

³ Rénique, *op. cit.*, p. 207. A las páginas sobre los «guerrilleros de gabinete», la «inmersión de los jóvenes social-cristianos en el medio rural», y «el campesinismo *light* de VR», no les faltan sal. Eran los tiempos, dice, en que el dato en ciencias sociales, «era un concepto burgués».

ni dinero, al no haber más colonos de hacienda sino pequeños propietarios, es de toda evidencia que ha nacido una capa social de agricultores vinculados al comercio, al mercado y la modernidad, cuenca por cuenca, en el espinazo andino. Hoy, los censos rurales, muestran actividades complementarias en las familias rurales. Los censos rurales, por lo demás, confirman la heterogeneidad de actividades, la diversificación de las fuentes de ingresos. A menudo, los mismos que son agricultores, son ganaderos, artesanos, comerciantes, y en las fronteras, contrabandistas. Ciertamente, resulta un tanto irónico que la lucha por la tierra en el pueblo campesino conduce, a raíz de políticas generales de la economía dominante, a ingresos no rurales. Pero en esta perspectiva, lo que está operando es el mercado. No precisamente el de tierras, sino el de la fuerza de trabajo. Dicho de otra manera, si el campesino hoy es, simultáneamente, comerciante, artesano, es porque ahora el tiempo de trabajo le pertenece. El mismo que cuarenta años atrás, le expropiaba el hacendado.

¿Fueron útiles y necesarias las diversas reformas agrarias, y las sucesivas parcelaciones? Cómo siempre, aquí hallaremos los dos grandes partidos del Perú, los Absolutistas del todo o nada, o sea, del socialismo agrario, y los Inmovilistas, o sea, los del «no debieron tocar la gran propiedad porque producía» (producía, en realidad, muy poco). Para unos y otros, ahí está otra realidad peruana, otro perfil rural en los Andes, unos dos millones de propietarios (que provienen paradójicamente del desorden de esos años) y que acceden hoy a la titulación, a las actividades complementarias como el artesanado, la ganadería. Un mundo de rurales, ciertamente, con una forma de propiedad todavía demasiado fragmentada, minifundista, pero, a ver si nos dejamos entender, ya no feudal o precapitalista. No porque modificó su situación ni el Estado ni el mercado sino la gran rebelión. Es decir, ellos mismos. Hoy, de Puno a Cajamarca, esa masa de peruanos maneja dinero. Y han entrado al mercado por un movimiento que no nació para eso, pero como sabemos, «los hombres hacen la historia, pero no la que esperan». Sin duda resulta sorprendente que lo que se obtuvo mediante actos colectivos, esas movilizaciones que estas crónicas describen, conduzcan, tras cuatro decenios de historia escondida, a apropiaciones privadas de parcelas, fincas, terrenos. Pero acaso esa no es la cuestión decisiva.

Está en el tema de Sendero. Nadie dice que la reforma de la tenencia de tierra de «los setenta» se hizo para combatirlo, pero en la marmita de las ideologías, se preparaba bajo otras banderas, todavía maoistas, lo que sería luego el senderismo. Y aquí, tenemos que responder a una cuestión que sólo es conjetura. Pero nunca sabremos qué hubiese pasado si Sendero, por los ochenta, se lanza en un país rural donde no hubiese habido reforma alguna de la propiedad. No sabremos que hubiese pasado si el Perú hubiese permanecido anclado a los terratenientes latifundistas, con haciendas con indios harapientos y sin acceso al salario, los vencidos entre los vencidos. Es de horror el sólo pensar que es lo que hubiese ocurrido: la victoria de Sendero. Pero todavía hay quienes no atinan a comprender, más allá de consideraciones técnicas y de producción, el precio que se hubiese pagado por el inmovilismo en los Andes. Por lo demás, Sendero, como lo ha demostrado el trabajo de Rénique, pierde «la batalla por Puno». Ya no hay militares en el poder,

son los ochenta. Pero la izquierda no senderista conduce las nuevas recuperaciones de tierras, esta vez dirigidas contra las cooperativas y sociedad de producción que quedaban del velasquismo.

Hay una tercera hipótesis. Sin las reformas de los setenta, ¿hubiese habido una guerra étnica y popular? Mucho se ha soñado por parte de la izquierda en un país sin intromisión militar, y dan por sentado entonces que se habría desencadenado una revolución social. Tengo mis dudas. Pensar es comparar, y si bien en la materia no tenemos como en las ciencias físicas la posibilidad de reproducir en laboratorio los fenómenos históricos, si podemos razonar observando otros países, con mayor carga de población indígena que el Perú, y observar lo sucedido. Es el caso de Guatemala. Ahí, no hubo ni la variante de militares progresistas que expropiaron a los expropiadores, ni la de una población mestiza importante (no en todos los países se ha producido el triunfante movimiento migratorio peruano y la aparición, pese a las dificultades, de una informalidad de empresarios urbanos, de capitalismo cholo desde abajo, como lo reveló Hernando de Soto). No siempre, no entendemos nuestra singularidad. En América central los indios guatemaltecos junto a movimientos guerrilleros, plantearon una guerra abierta. El resultado fue que durante treinta y cinco años la guerrilla y los indígenas guatemaltecos, con débiles medios, enfrentaron a diversos regímenes, tanto civiles como militares, todos con apoyo de los americanos, y fue entonces un país bajo el azote de operaciones de genocidio, torturas y desapariciones hasta que en 1996, bajo el gobierno de Álvaro Arzú Irigoyen, la guerrilla del UNRG (Unión Nacional Revolucionaria Guatemalteca) llega a unos acuerdos de paz. A una paz de cementerios. Las cifras de los caídos en esa guerra civil son del orden de las 300 mil víctimas. Y Guatemala city es un lugar pavorosamente blanco y ladino. Los indígenas siguen tan excluidos como antes, acaso más.

Por pudor, he escrito ese texto en tercera persona. Han pasado 44 años de esos hechos novedosos, terribles, imprevisibles, dramáticos. Esa realidad de fondo se ha ocultado. «La tradición de todas las generaciones muertas gravita como una pesadilla sobre el cerebro de los vivientes» (Marx. op.cit.). Pensamos, al volverlas a editar, que esas crónicas deben ser mejor conocidas y abrir un debate realista sobre la historia de los Andes y sus transformaciones. Por cierto, cabe señalar que gozaron las crónicas citadas, en el instante en que ocurrían los fenómenos rurales señalados, de unánime aceptación, al punto que no se las juzgó ni mucho menos subversivas, al contrario. De retorno a Lima, su joven autor las compiló en el libro *Cuzco: tierra y muerte*, que mereció el premio Fomento a la Cultura de 1965. Y a la vez, porque no decirlo, me abrieron las puertas de la más alta formación profesional en Francia.⁴

⁴ John Murra, entonces en Lima, leyó mis crónicas y las celebró. Como por Lima pasaba en ese instante un sabio francés, el historiador François Chevalier, patrón del tema de «l'Amérique latine» en la Sorbonne y en busca de un «scholar» capaz de completar su equipo de trabajo en París, Murra le pasó mi libro en las manos. Poco después, una carta de Jean Meyriat (quien sería mi director científico de tesis) y el mismo Chevalier, me invitaban a venir a trabajar a

Lo que nunca imaginé es que cuarenta y cuatro años después, yo republicara estos escritos, pero no por el placer narcisista de verme otra vez editado sino porque en el Perú, la mala conciencia, para decirlo con un concepto sartriano, las ganas de mentirse a sí mismos, ha invadido las conciencias. El país ha olvidado los pobres, paupérrimos que eran los servidores de ese tipo de empresa rural tradicional, cuya muerte, lamentan. Acaso hemos heredado del pasado una lógica absolutista, digna de una tradición mental que permaneció prisionera de la escolástica y la Contrarreforma. Una lógica del todo o nada. Y de la idea de la revolución total de los setenta hemos pasado a la del mercado total que todo lo ordena. Pocos abordan la historia de nuestra sociedad como un proceso hecho de sorpresas, accidentes, bifurcaciones. Aceleraciones como regresiones. No hay la disposición mental para ello. Venimos del antiguo tomismo colonial que se vuelve luego, en el siglo XX, marxismo a la criolla. Pero en la ceguera de muchos analistas, en la turbación del juicio de esta emancipación de indios que sólo la deben a sí mismos, hay también un problema, los límites de quienes tienen la conciencia trabada por su anclaje social. Aunque se digan de vanguardia. Parte de la intelectualidad viene de sectores medios y no se ha curado de lastres culturales y sociales, crecieron para mandar, si es posible, las propias revoluciones. ¿Pero ese movimiento, sin ellos? Hay una terrible novedad en el agrarismo radical de esos años. Los campesinos que invaden los predios del gamonal también invadieron una idea de la política como actividad de blancos y a lo sumo de mestizos. ¿Fuerzas sociales emergentes? ¿Autonomía de los movimientos ante los partidos, incluyendo las vanguardias? La herejía de la sorpresa no fue solamente para los latifundistas. Hubo el horror de verse privados los mismos clubs políticos y los intelectuales de vanguardia del papel de misioneros del futuro. Lloraron por las haciendas muertas los del indigenismo verbal, tanto como los antiguos propietarios.

Por mi parte, no suelto una lágrima por la desaparición de semejante atavismo social. Como joven cronista asistí al desfile en Huarucondo y en la pampa de Anta, a los masivos batallones de mujeres indígenas, que tomaban dos veces posesión de la tierra. Primero echando a los ganados del hacendado y luego, gesto ritual, sentándose a hurtadillas sobre el pasto, para poseer —simbólicamente— la recuperada tierra. Vi el final de un ciclo de humillaciones. Asistí a la liberación de los campesinos por obra de los campesinos mismos. Vi el anochecer del antiguo despojo y la mañana venidera. Fue lo más hermoso de mi vida. Y debería cada peruano dar gracias que casi sin violencia, casi sin sangre, el Perú comenzó

la rue Saint-Guillaume, en S. Po. Era un puesto de investigador, con tiempo suficiente como para adquirir las ciencias políticas siguiendo cursos (entre ellos, los seminarios de Raymond Aron) y otras materias en la Sorbonne —sociología, antropología, historia— en menú de mi invención, cuya ambición me permitían aquellos tutores de tesis y como lo conversábamos con Julio Ramón Ribeyro, era un aprendizaje extenuante, pero también una gran suerte, un golpe de fortuna, lo sé. Hoy día, sin embargo, hay algunos jóvenes que siguen una ruta laboriosa semejante en universidades de los Estados Unidos y del Canadá. Dictan cursos, investigan, remunerados, mientras preparan sendos doctorados. Serán cuando vuelvan, si vuelven, inevitablemente, inconformes, *outsiders*. Es natural, no es vocación sino destino. ¿No lo han sido los intelectuales en el Perú, desde Garcilaso a Mario Vargas Llosa, fronterizos?

a dejar de ser un país arcaico, cerrado, entrando a un proceso de modernidad. Es una idea terrible, que a muchos chocará, pero qué remedio. Por un lado, mientras el orden de hacendados imperó sobre las instituciones, la colonialidad se prolongó. Hasta 1963-69. Por otro lado, el desarrollo comenzó cuando los hacendados dejaron de existir como función social (Exterminio económico y simbólico. No fueron físicamente aniquilados. La revolución agrarista peruana no fue la revolución mexicana de 1910). Pero quiero centrarme no en los vencidos, sino en los vencedores, por una vez los de abajo, los indios. Cuando liberados del yugo de las prestaciones de servicios no remunerados, una formidable energía social venida de la mano de obra campesina, con ellos se emancipa. Cuando no hubo más haciendas ni indios cautivos, sino relaciones comerciales y capitalistas, al fin y al cabo, esas relaciones sociales fueron superiores a las formas señoriales del Antiguo Régimen. Si alguien no entiende esto, que vuelva a revisar Marx, y también Adam Smith. Y si todavía se tiene dudas, no hay sino que preguntarse, en este mundo peruano de hoy, ganado por la prisa de la ganancia legitimada por el autoesfuerzo, en informales, ambulantes, como en comerciantes, en los innumerables oficios y actividades de las grandes ciudades y del campo, si el mundo actual del trabajo recompensado por la ganancia, alguien puede reclamar el buen sentido del antiguo trabajo no remunerado de la extinta servidumbre rural. Las recuperaciones de tierras de las que habla este libro, es uno de los raros capítulos felices de nuestra desdichada historia social.

En suma, las invasiones de tierras, no fue un hecho local, regional, en algunos puntos y lugares del inmenso país agrario del Perú. Fue un punto de no retorno. Se estremeció el sistema político y social y de alguna manera, de ahí arrancan diversos y saludables trastornos. Años ochenta, noventa y fin de siglo (que en libro venidero, examinaré). No se utilizaba en la época la metáfora del «tsunami», pero eso es lo que fue la movilización en los Andes peruanos del sindicalismo indio-campesino de 1963-1964. Algo profundo se modificó en los cimientos sociales. El Perú actual no se explica sin la revuelta inteligente de Hugo Blanco, sin el ejemplo de Chaupimayo, en el valle de la Convención, que luego se propagó a los Andes, con Blanco en prisión en Arequipa. Ese hombre es la gestión más eficaz de la acción social de toda la historia de la izquierda peruana. Bueno es reconocerlo. Y la paradoja siguiente: el indio Huillca, quechua parlante, su rebelión, funda el Perú contemporáneo.

Ya es tiempo que esa transformación paradójica del agro (las invasiones quebrando las haciendas tradicionales para dejar paso a la apropiación parcelar y privada de la tierra) debe dejarse de ver como la aplicación ciega de una política pública de una dictadura militar. Los que así siguen opinando, no vieron lo que pasó anteriormente. O lo olvidaron. Ni ven tampoco lo que ahora ocurre. Hoy, en efecto, la nueva tenencia de la tierra, el hecho de que esta vez se trata de ocupantes activos y no precarios, facilita y no estorba como en el pasado la expansión de la educación, los proyectos de infraestructura, los créditos. Antes de los años sesenta, «el desarrollo rural», se limitaba a unas cuantas experiencias, como la de la universidad de Cornell en Vicos, y no podía ser ancha. No con centenares de miles de siervos indígenas, capturados en las haciendas por su valor de dadores

o proveedores de mano de obra gratuita. En suma, el progreso rural comienza paradójicamente con aquella presión violenta de los sindicatos de comunidades y de siervos de hacienda. Ese fue el momento en que el Perú se desprende de una herencia tradicional, la hacienda andina, y que prolongaba las prácticas de servidumbre implantadas desde los días inmediatos a la Conquista hasta el corazón del siglo XX. Y que estorbaba la reconversión del Perú andino por entero al mercado. Negarlo, es estar sordo y ciego.

Me queda algo por decir. Sincero, meditativo, personal. El editor, que en este caso resulta amigo, aliado, y un poco cómplice, me sugirió este prólogo, y en consecuencia, la reflexiva lectura de esas páginas juveniles. Fue lo que hice, en esfuerzo de introspección, de retraimiento. Que debo confesar, no fue ejercicio de dolor. De ahí surgieron algunas decisiones. La primera, la más honesta y sensata, dejar el texto tal cual, no moverle ni una coma. Ni siquiera, cambiamos el Cuzco de esa época, al uso actual, Cusco. Que me perdonen los cuzqueños, unidos a mí por los lazos de la sangre y el origen cercano, pero si movíamos algo, la sospecha que es parte de nuestra actual costumbre, se hubiera apoderado de este libro. No nos hemos entrometido en el texto original. Pero hay algo más. Debo contar aquí mi sorpresa ante esa prosa directa, precisa, sencilla. Leer de nuevo «los primeros pasos» y el reportaje, «Corresponsal de guerra», me colocó en algún lugar, acaso el más hermoso, de mis sueños. Ver al pueblo indio libre de vasallaje, pero lo que es mejor, en su propia y libre dinámica de autoliberación. No tras de un partido o un líder sino tras de sí mismo. Entiendo por qué después de *Cuzco tierra y muerte* y de la experiencia cuzqueña de 1964, tuve la disposición mental para asimilar la lección francesa que fue la de Castoriadis, la capacidad de autonomía social y colectiva que proviene de los sujetos sociales, «las sociedades se autoconstituyen». Porque entendí sin esfuerzo a Edgar Morin, «la autoorganización». Como pude seguir y sigo tras lo imaginario social creador, sin caer en las garras del marxismo que es tan racionalista y tan autolimitante como su rival y hermano, el mundo burgués. Sin la lección de la libertad de las masas cusqueñas no habría asimilado la libertad de las heterodoxias filosóficas y de las ciencias sociales de nuestros días. No podría pensar como razono y pienso, inconforme y libre. Huillca fue mi maestro, tanto como Morin o Sartre.

Pero algo más me sorprendió en esa lectura retrospectiva. Las páginas de «El Sur, antes y después». Nunca lo he dicho, conviene señalarlo ahora. Fueron escritas después del reportaje, cuando el diario me dio unas semanas para que rematase el libro en un capítulo de síntesis final. Es lo que hice. Recuerdo que era un mes de junio extrañamente soleado, un verano prolongado. En esas páginas hay todavía semblanzas personales de personajes encontrados en mis viajes, el teórico Ferdinand Cuadros, la gente de Quillabamba, pero hay páginas con ambiciones más globales. Reflexiono sobre cómo «la gran propiedad nos impide ser nación». Reflexiono sobre las consecuencias de esa potestad social de las haciendas «sobre la frustrada democracia rural, regional y nacional». «Somos un país con un Poder Central —léase Gobierno— débil ante la asamblea de propietarios». Me elevo contra la fatalidad antirepublicana que sitúa a cada peruano según su cuna, es decir, con lógica de Antiguo Régimen. «Quien nazca en una condición social

en la hacienda en ella muere. Igual, piensa el patriciado, sucede en el país». «Las haciendas forman señoríos económicos autárquicos». Ese muchacho, había leído a Veblen, el pensador crítico del lujo ostentario y evoca el concepto de la «clase ociosa» para los hacendados, y su estilo de vida. (La gran pachamanca, la suerte de pseudo-fiesta rural ya no en las fincas sino en las grandes casonas urbanas, de las nuevas clases de ricos igualmente ostentarios) ¿Por qué evoco, con insistencia, en esta parte nacional de un libro que parece regional y localista? Porque describo y denuncio como la hacienda «influye en los modos de la vida peruana, además de los ritos de consumo pantagruélico, políticamente en la imagen «del patrón bondadoso» y como eso reaparece «en cierto estilo político al cual regresamos de una y otra manera». Entonces, el lector deberá simplemente juzgar hasta que punto, en ese capítulo final, en los párrafos que menciono «el mito del Jefe, del hombre fuerte» —inspirado en el paradigma por entonces, realmente existente, del gran propietario rural— se anticipa comportamientos posteriores. El culto a Fujimori, al propio doctor Guzmán, a los liderazgos primarios y carismáticos. Ejemplos no faltan. Pero el tema se desliza del pasado al presente, a los comportamientos económicos, incluso en una nueva capa dominante, la supervivencia de los paradigmas de una cultura poshacienda hoy remedada en las altas esferas financieras y bancarias. Gusto por la exclusión social, la finta en los negocios, el alarde de los contactos y el amiguismo político-financiero. ¿Intuición de joven autor? Lo de la supervivencia del hombre oligárquico después de la oligarquía, tesis de Bourricaud, se halla ahí. Lo de las clases dominantes y no dirigentes, ahí. Lo de la nación inconclusa, ahí. Lo de súbditos y no ciudadanos, ahí. El atroz secreto de este país que gracias a los pésimos niveles de educación y la movilidad social relativa entretenida en alcanzar una mejor vida, y que ha vuelto a provocar una de esas siestas de elites a las que la historia del Perú está acostumbrada, ahí. Pueden haber aparecido nuevos «dueños» y como siempre, muchos nuevos «excluidos», pero el patrón de comportamiento elitario que lo propicia (el problema del subdesarrollo sigue siendo, para el Perú, un asunto de patrones culturales) se halla pergeñada, vislumbrada, en esas páginas finales del ensayo de 1964. Un estilo de mando prolongado —un *habitus* diría Bourdieu— esta vez en una suerte de clase dominante de hacendados sin hacienda. Efectos pragmáticos de los cambios que no hubo en la parte moderna y urbana del país. Un estilo de dominación. No me había dado cuenta hasta esta amanecida mañana limeña: la parte final de ese libro fue el plan de tesis de mis posteriores ensayos.

ADENDA

El mundo laboral peruano, hoy día, no es ese eufemístico de cinco sectores, sector A, sector B, sector C y sectores D y E, que señalan los estadísticos. Los ingresos no establecen las formas de vivir, las representaciones, las ambiciones. Pero si se lee bien las mismas estadísticas, acaso aparezca otro paisaje social. Por ejemplo, la más reciente del Banco Mundial (Perú, las oportunidades de un país diferente, Marcelo M. Giugale, octubre 2006) revela un país de propiedades parceladas, y

solamente en el campo, que es materia de este libro, no menos de 700 mil predios rurales «adjudicados en forma colectiva» (p. 576). Cómo se guardan de decir que eso es desde la «nefasta» reforma de Velasco. El resultado es que en la tenencia de tierra, sea urbana o rural, el Perú actual es un país, socialmente hablando, de millones de propietarios, que todavía están esperando que les formalicen lo que consiguieron, ¿por gestión estatal? No, a punta de invasiones.

Pese a ello, la presente nota no es ni optimista ni pesimista. Se quiere crítica, realista. El riesgo es otro, que rebasa esta publicación. Sin embargo, a cuenta de un desarrollo mayor, posterior, acaso un ensayo sobre estos años que caminan del 2006 al 2011, unas someras puntualizaciones, las que siguen.

Los nuevos sujetos sociales, todos —hoy— de alguna manera propietarios, y todos inseguros, en la inmensa heterogeneidad, en las políticas cambiantes y contradictorias (el segundo Belaunde, el primer García, y Sendero, Fujimori, Toledo) no pueden tener «proyecto nacional», porque en la vida cotidiana acceden a archipiélagos de identidades particulares, a alineamientos electorales transitorios. Los rasgos comunes de esta implantación parcelaria de vida es que no hay rasgos comunes. Que nadie se sorprenda que las demandas de participación y democracia —hoy— sean ubicuas, volátiles, inseguras. Pero todo esto, asombrosamente, ya ha ocurrido en otros estadios de desarrollo, en otros países, cuando del feudalismo tradicional se fue a nuevas refeudalizaciones. ¿Qué ocurre cuando lo que predomina es la «parcela subdesarrollada»? ¿Cuando la masa del pueblo y la nación se diluye en «masa desarticulada, traída y llevada»? En la medida en que millones de familias viven —dice un joven y célebre tratadista al que aludimos en muchos casos sin haber a fondo entendido— bajo condiciones de existencia que separan su modo de vida, sus intereses y su cultura de los de las otras clases, en la medida en que «entre campesinos parcelarios existe una relación puramente local y la identidad de sus intereses no produce ni comunión ni unión nacional, y no forman una clase», entonces, «no pueden representarse, tienen que ser representados». Esta admirable descripción de la predominancia de los intereses particularistas que parece convenir a la descripción de la vida en los pueblos actuales del Perú, de Ilave a Cajamarca, no viene de éstos. Refiriéndose a otro caso, no similar pero sí semejante, dice el brillante tratadista juvenil, «necesitan —dice— de un señor, una autoridad por encima de ellos, un poder ilimitado que les proteja de otras clases, y desde arriba, les mande el sol y la lluvia». Basta de citas, el autor es Karl Marx, en su edad juvenil, describiendo las formas cesaristas de poder y legitimidad de Luis Bonaparte (op. cit. p. 49 y ss). Y de paso, describe la primera dictadura moderna, y un carácter «a la vez plebiscitario y autoritario», como dice el prólogo a esa edición, prólogo de españoles, a otros liderazgos de la misma laya. «Alberto Fujimori en el Perú en 1992. Boris Yeltsin en Rusia en 1993». Es decir, el ejercicio de un poder personal legitimado popularmente, «más la hegemonía de una élite burocrática-militar». Claro que estoy pensando en Hugo Chávez. Pero también en el 2011 peruano. Una repetición del poder personal y por delegación de masas que ya tuvimos (Cuando se votó por Fujimori. Cuando se votó por Humala). Y entonces, el ciclo de liberación iniciado con la ruptura de las haciendas y el orden tradicional —por las limitaciones de las actuales élites

de republicanos demócratas, sea cual fuese su tendencia, para formar un frente común de salvación y continuidad democrática— puede llevarnos de una dictadura a otra dictadura. La que se avecine, aún más riesgosa, caótica mayoría de la pobreza, retrasando por unos cien años el ingreso a la modernidad política que no es el acto fusional de los pobres y muy pobres en la ilusión de una quimera para que los gobierne un Guía, sino la autonomía de los mismos. No veo en el actual estado de cosas, políticamente hablando, aunque la riqueza social crezca, algo que permita asentar la soberanía del pueblo en el pueblo mismo. En la mitad del país, manda todavía la miseria.

HUGO NEIRA
Lima, noviembre del 2007